

Manuel Rueda

La Memoria Sonora

LAS NOCHES

I



PERDIDO soy de noche y de deseo.
¡Qué negro resplandor, qué sombra huraña
preludian mi nacer! En una entraña
de oscurecido asombro me paseo.

Buscador del contacto, lo que creo
vive en mis dedos como pura hazaña
de ciego amor y cuerpo que no daña,
adolescente siempre en su jadeo.

Manuel Rueda es un joven dominicano que vino a Chile para estudiar Música y, concluido su curso en el Conservatorio, titulado concertista, se prepara a regresar.

El apresuramiento parece el menor de sus pecados. Al par que la música, digamos, audible, sonora, instrumental, Manuel Rueda ha ido cultivando otra, verbal, imaginaria, de puro aire poético. Y aunque lectores de sus manuscritos admiran sus estrofas magistrales, donde un arte antiguo riguroso, émulo de Góngora, encierra la errancia impalpable, la fantasía

Con un rubor temido, con un miedo
de encontrarme la cara y la medida
del ignorado espacio en donde ruedo

justa en la luz y a su verdad ceñida,
alzo mi noche, todo lo que puedo,
ya sintiendo llorar mi amanecida.

II

Te oigo bajar de noche las escalas
disfrazado de arcángel, en pendiente
por el aire, mi herencia de inocente,
donde sin yo notarlo tú me exhalas.

Te oigo entre bajas fiebres, entre galas
de arpados instrumentos en que miente
el sonar, vuelto lágrima y presente,
como un cielo sabido sin sus alas.

sin límites y la libérrima sugerencia del poeta actual, él, sonriendo, tranquilo, no da un paso hacia el editor y hasta elude con plácida sonrisa los que el editor da hacia él.

Ningún apuro por publicar, por ser famoso, por adquirir dinero.

Manuel Rueda se contenta viviendo.

Ha sido preciso que uno de sus descubridores pidiera a otros una colección de poemas suyos para que él autorizara la publicación de estos que damos, como primicia y regalo, y también para ligar a Chile, aunque sea con un pie de imprenta, la juventud del estudiante dominicano, tal como «Azul...» unió para siempre nuestra tierra a los comienzos de Darío.

—N. de la D.

Velado robador, entrado al pecho,
ensombrecida imagen que conspira
con redondeado torso y blando lecho;

sólo sé que enceguece el que te mira
y trocando por muerte el don eterno
glorifica, teniéndote, el infierno.

III

Intimidades falsas, casi crueles,
con tristes remolinos a la vera.
Sin paterno fulgor de cabecera
olvidando blancura los manteles.

Alimentos que adulan, siendo fieles.
La tibieza, la loza, la madera,
en una prontitud que se adinera
señalada de anuncios y carteles.

Paladar dirigido, olfato al tanto.
Una sal ebria y un confuso aceite
se desliza regando la miseria.

Duele después, revuelta en desencanto,
negadora del último deleite,
por la penumbra gris la mesa seria.

IV

Triunfales, coronados de mil ruidos,
en reinados de fiebre y movimientos,
los rostros coloreados, ya violentos,
y como piel, sensibles, los vestidos.

Ellos están de dos en dos unidos
en el baile y consuman sus tormentos,
tristes por donde palpan, los alientos
ebrios, al son acordes los sentidos.

La música es un ángel renegado,
un lecho en el tumulto de los roces
consentidor de besos y de voces.

Y en la sombra que mana lo girado,
en el delirio arriba acumulado,
pasan llorando los tranquilos goces.

LESBIANAS

En la sombra rosácea, en lo insereno,
surgen diosas de fiebres repentinas
huyendo de cansancios y rutinas
hacia un prado de asombro más ameno,

marcando ojeras en el blanco pleno
con empuje de fuerzas masculinas.
Vientres sin porvenir dan a divinas
lujurias y agarradas por el seno

pasan negando siempre lo que incitan.
¡Oh, ambigüedad de amor! Ellas lo gritan
y esconden. ¡Oh, fruición de requerida

igualdad, que trenzada y desasida
es turnado alimento con que imitan
riesgos de poseedor y poseída!

EL AMOR JUNTO A LAS ESTATUAS

Son cuerpos que se juntan, animales
en la sombra, ya mansos de costumbre,
cuerpos ardidos que no dan la lumbre,
alimentos de tumbas y arrabales.

Amor que refugiado en pedestales
hace una triste y conmovida herrumbre
como un polen eterno o una quejumbre
solicitando pechos inmortales.

Revive el bronce. Su feroz pupila
como de aya nocturna que vigila
mueve el héroe en lo alto con su espada.

Hay un susto de carne desatada
y una gota de sangre que destila
se apresura cayendo hacia la nada.

EL DURMIENTE

¡Qué alegría de fuerza libertada
en el torso que ha poco era cautivo!
¡Qué despertar tan lento y tan altivo,
niñez de luz recién inaugurada!

¡Qué sabio conocerse de esa nada
que germinó en la sangre hacia lo vivo,
candor del movimiento, sensitivo
desear tras la imagen deseada!

Todo volviendo rauda, sin sentido;
amor como memoria y como olvido
ciñendo lo lejano y lo presente.

Y al danzar por las cosas como dueño
hacer del mundo sombra de ese sueño
que colma tu destino de durmiente.

OTOÑO

Un incierto paisaje en las orillas
de hombre y cielo. Presente lejanía.
Un acento: lo verde en la alegría,
y una palabra de hojas amarillas.

El árbol sonoro entre sus quillas
cuaja la estela pura que hace el día,
creciendo en luz alada y nube fría
por gargantas azules y sencillas.

Hay rimados jardines y una ausencia.
Verbos que componiendo su celaje
fechan huecos y dotan la presencia.

Y lo que escucha y habla en el follaje
no se sabe si es voz o si es esencia
en un aire de carne o de lenguaje.

FRUTA

Su redondo equilibrio es quien la mueve.
Su hoja quien la ciñe de una ausencia.
Como de flor, exacta es su presencia
donde a tocar el aire no se atreve.

El color encendido, el fulgor breve,
el pensativo asombro de su esencia,
todo pende hecho carne y hecho ciencia,
paraíso que labra el tallo leve.

Ella está ahí, hechura de su goce,
lejana para el hambre, en tierno ajuste
de peso y forma, sosegada al roce
de una luz casi pulpa que se vuela,
muy lejos de una boca que la guste,
muy lejos de un olfato que la huela.

FONOGRAFO

Suena. Fulge el espacio y da notoria
vida a su oscuridad de objeto. Grises
rincones fluyen. Relieves. Matices
concretándose en duda y vanagloria.

Gira el disco. El es la única historia.
Patria audible, sus músicas felices
surgen de antaño a eternizar raíces
como árboles de pie por la memoria.

Pasados y futuros en ahora.
Siempre el mismo presente en esa aguja
llena de un tiempo que huye y enamora,
que circunda pensándose y me piensa.
Triunfo de lo sonoro. Se dibuja
la eternidad. Ya calla. Recomienda...

A UN JOVEN MUERTO

Aquella mano alegre que encendida
un eco entre los pájaros hallaba,
era ruina que el aire desterraba
en pálidos desmayos desceñida.

Aquel cuerpo elevando su medida
que entre forma y deseo se encerraba;
aquel calor desnudo allí se helaba
en un clima de muertes y de vida.

Aquella afición pura en tanto brío
de amor, que fijamente contemplado
se ausentaba en olvido y en desvío.

Todo perdido, todo sollozado.
Aquel violento y ágil poderío
a un delicado toque doblegado.

SONETO

A Adriana Onfray M.
en su décima semana.

Yo la saludo a usted, señora ufana,
dos meses vieja ya y astuta en ciencia
de la vida, toda alerta experiencia
graduada sobre un seno a hora temprana.

De guiños y baberos ya tan cana,
en sonreír tan ducha, en la exigencia
del lloro tan sabida, que aun su ausencia
la hace cruel y su sueño más tirana.

Tan andariega va de brazo a cuna,
tan cantada y mecida que mi verso
puede apenas decirle cosa alguna

que valga lo que sabe su universo
de tierno blanco y luminosa seña.
Mi muy grande señora, mi pequeña.